



*(part I, chapter 10 / pp 76-82)*

### *Shackleton*

Doy tres pasos dentro del camarote con la charola en las manos. No quiero derramar nada, eso sería catastrófico. Pero justo en este momento el barco se sacude varias veces con fuerza en el escudo de popa, y tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener en equilibrio la jarra y las tazas.

Tan pronto paso junto a él, Green resopla detrás de mí:

“¡Aquí está, Sir!”

Oigo como se cierra la puerta, y me quedo a solas con Shackleton.

Las paredes, la cama, la mesa, la silla y los estantes son blancos. A través de una claraboya sobre la litera entra una luz clara. Shackleton se encuentra parado frente a su atril y lee algo en un libro. Viste unas pesadas botas tipo borceguí, un pantalón de cuero con tirantes que corren sobre un grueso pullover verde, y es más viejo de lo que me había imaginado; también más bajo, de tal suerte que, sin tener que estirarme, a través de sus delgados cabellos, en la coronilla, puedo ver su brillante cuero cabelludo. Yo pensé que era un tipo alto y esbelto, lleno de energía y brío; alguien que había permanecido joven, pero que confiaba en sí mismo, un hombre cuya experiencia de vida en todo momento se reflejaba en su actitud. Nada de eso. De pronto caigo en cuenta de que siempre que me imaginaba a Shackleton, pensaba en Mister Albert, el jefe del JOHN LONDON. Shackleton es completamente diferente; robusto, rechoncho, casi esponjado. Frente a mi está parado un hombre maduro, de mediana edad, un señor como mi padre, y también éste a primera vista parece refunfuñón y pausado, sin que en él exista siquiera un rastro de ello... ¡muy por el contrario! Cualquier cosa, menos con calma, Shackleton se da vuelta y apenas tengo tiempo de tomar aire y todavía no logro hacer salir un saludo de mi boca, cuando arroja el libro que tiene entre las manos en mi dirección. El pesado volumen pasa silbando junto a mi cabeza y se estrella detrás de mí contra la pared.

“¡Déjala ahí!”, ruge, mientras que con sus ojos verde pálido desmesuradamente abiertos y echando chispas se abalanza sobre mí. De momento no entiendo a qué se refiere. He olvidado por completo la charola a la que me aferro con fuerza.

“¡Déjala ahí, o te la tiro de las manos!”

“¡Sí, Sir! ¿Dónde, Sir?”

No cesa de gritar. La charola con la jarra humeante lo pone doblemente furioso. Me insulta a mí lo mismo que a la jarra, al cocinero, a la lluvia, otra vez a mí, a mi atavío, mi edad y mi descarada impertinencia; a los jóvenes, que se atreven a burlarse de él, al cocinero, a la jarra, a mi pelo largo, a la porquería de tiempo, a mi estúpida cara, a los idiotas marineros, que tienen la osadía; a su cabina, en la que ni siquiera hay lugar, todo por causa de una jarra, a mis padres, a los dos calentadores, a la insolencia sin límites y el tiempo, que vuelve imposible, al barco, a mí y a la jarra...

“Si me permite, Sir, la pongo...”

“¡No me interrumpas!”, aúlla y enmudece.

Un par de veces camina de un lado al otro por la blanca cabina. Yo retrocedo hacia la puerta y no puedo apartar mis ojos de él. Qué espectáculo. Sir Ernest Shackleton, uno de los hombres más famosos de Inglaterra, el único rival en realidad de Scott, se desfoga frente a mí, y en algún lugar de la pequeña cabina que se bambolea, totalmente rodeada de agua, donde ocurre nuestro encuentro, está la Biblia dedicada en propia mano por la reina madre, soberana sobre más de la mitad del mundo; y, todos nosotros, Shackleton, los hombres, la Biblia de la reina madre Alexandra y yo, vamos camino hacia la Antártida. No importa que esté furioso y que me arroje a la cabeza los volúmenes de la Encyclopædia Britannica, que se amontonan por todos lados sobre el piso y sobre los estantes. Qué suerte. No puedo creerlo.

“¿Qué miras tan fijamente?”, grita. “¿Eres idiota? ¡Sí, debes ser un idiota! ¡Quién soy yo para tener que lidiar con un...! ¿Cuántos años tienes?”

“Diecisiete, Sir”

“¿Qué has aprendido a hacer?”

“Aprendí con mi padre, Sir. El es abastecedor de barcos en Newport, Gales”.

“¿Has salido al mar?”

“Sí Sir, en el USS JOHN LONDON. Enfrentó una tormenta...”

“¿Cómo qué?”

“¿Cómo qué, Sir?”

Shackleton contesta en gaelico. Porque eso, el gaelico, lo hablamos ambos. Sólo que él lo habla como irlandés y yo como galés, córnico. Por eso no sé si lo entiendo bien cuando pregunta: “¿Nach dtig leat na ceisteanna is simplí a fhreagairt, a amadáin?”

Suena como si preguntara: “¿No sabes responder a las preguntas más sencillas, idiota?”

“A todas, Sir.”

“¿A todas qué?”

“Respondo a todas las preguntas, Sir”.

“¡Pero no a todas bien!”

“No, eso no. ¡Pero me esfuerzo!”

“¡Porque el que contesta bien a todas las preguntas es un sabelotodo!”, ruge otra vez. “¿Eres un sabelotodo?”

“No, Sir”

“¿Entonces, cómo qué viajaste? ¿Cómo idiota? ¿A amadáin?”

“Tal vez, Sir. Probablemente, Sir. Y también como galopín en la cocina”.

Lo último que necesitaba, dice Shackleton, era un pinche de cocina que pasara por alto sus órdenes. Necesitaba hombres con cabeza y experiencia; hombres que asuman responsabilidades, responsabilidad tanto por su propia vida como por la vida de sus camaradas; hombres fuertes y valientes con corazón y conciencia; hombres para los que la solidaridad no era una palabra hueca, que estaban dispuestos a ponerse al servicio de un esfuerzo, ¡un esfuerzo que apuntaba nada menos que a buscar la esperanza!

“La esperanza. Entiendo, Sir.”

Si sabía cuál era su lema.

No lo sé.

“¡Nunca arriar la bandera! O, para decirlo en palabras de Tennyson: ¡luchar, buscar, encontrar, nunca retroceder!”

Así que, con un poco de suerte, podré juntar las piezas para descifrar por qué cambió el nombre del barco al que me colé, de POLARIS a ENDURANCE, perseverancia.

Digo: “Sí, Sir, puedo imaginármelo”, pero pienso: Eso son sólo nombres, palabras, ¿qué sandeces dice? Y él otra vez monta en cólera.

¡No había que darse por vencido, nunca, ni en lo más mínimo. Ni ante uno mismo ni ante cualquier otro hombre, ante nadie! ¡Esa era la meta, y la meta era inviolable, inextricable! Se podía vivir sin brazos, sin piernas, sin ojos, sin fé y sin un solo centavo en la bolsa, en tanto uno perseverara en una meta, con cuya consecución se hiciera justicia a uno mismo y a todos los demás. ¡Ja! Una meta no necesitaba ser grande, no todos podían ser un Wright o un Pasteur y, en último término, cruzar el helado confín de nuestro planeta era una meta tan minúscula como millones de otras, si sólo se pensaba en la facilidad con la que un albatros superaba esa distancia. Quiere saber si tengo novia.

Dudo, pero asiento con la cabeza.

“¡La pobre!”, se mofa. “¿Cómo se llama?”

Se lo digo.

¿Entonces, que busco aquí? Cada amor era una aventura única. Porque iba yo chueco, si suponía que él era el descerebrado líder de una pandilla de aventureros. Lo último que necesitaba, era a renegados ególatras, ávidos de fama; pero con seguridad eso es lo que yo era: un renegado. ¡Y, además, un grandísimo idiota!

Pero, ¿qué es lo que me pasa? Ninguna resistencia se despierta en mí.

Únicamente siento cómo las ganas de llorar me suben por la garganta.

Sólo hay que guardar compostura un momento más. ¿Se puede, Merce? ¿O ya no lo logras?

“Sir, si me permite, dejo la charola sobre su litera. ¿Usted me dice si le sirvo y lo dejo solo?”

Shackleton está parado frente a la claraboya y mira hacia fuera. No da una impresión satisfecha: de mi suerte inicial prácticamente no ha dejado nada.

A mi padre le diría: lástima, Dad, lástima que seas testarudo como una cabra.

Lástima, Sir Ernest, hubiéramos podido pasar un muy buen tiempo juntos.

“En el hielo”, dice suavemente, “las mayores dificultades, todas, están relacionadas con el frío. Si tenemos mala suerte, las temperaturas pueden ir hasta 70 grados bajo cero. Nuestras tiendas y nuestros trajes están hechos del mejor material que existe, así que el frío apenas puede afectarnos. Pero esto sólo es válido, en tanto estemos en condiciones de mantener el calor de nuestro cuerpo con suficiente comida. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?”

“Yo sé lo que provoca el hambre, Sir. No en el hielo, pero en un barco a pique. Luego de ocho días, algunos hombres estaban dispuestos a caer sobre los demás”.

A esto no responde nada. De pronto se pone en movimiento y, de dos pasos, está frente a mí. Yo no puedo retroceder más. Un leve tintineo de la vajilla me delata: no sólo tiemblo de frío y de agotamiento.

“¿Tienes miedo?”, pregunta y me mira brevemente a los ojos, antes de agacharse para recoger el libro.

“En el casillero sí tenía miedo, Sir”, digo en el momento en que se endereza y revisa el libro para ver si sufrió algún daño; lo lleva hacia el escritorio y lo coloca junto a la máquina de escribir que refulge a la luz de la claraboya.

“Tienes todos los motivos para sentir miedo”. Regresa, me quita la charola de las manos y la deja sobre su litera.

Te doy mi palabra por escrito, querido amigo, de que tú serás el primero que sacrifiquemos y cortemos en rebanadas, cuando se nos acabe la comida. ¿Es ésta para ti una meta digna de alcanzar?”

“No, Sir. Pero la tendré muy en cuenta”.

“Vas y te reportas con el capitán Worsley”.

“Muy bien, Sir”.

“Y te quitas inmediatamente esa sonrisita de la boca”.

“No vuelvo a sonreír, Sir”.

“Y ahora lárgate”.

Una rápida sonrisa corre por sus labios. Shackelton sonrío y a mí, en ese mismo momento, me da la impresión de que cesa de llover como si ya para nada, y para nadie, hubiera motivo de lágrimas.

*(part II, chapter 10 / pp 186-199)*

*En el hielo*

Con las máquinas a media marcha avanzamos durante medio día a lo largo de la orilla con rumbo al sur. El borde del hielo debe correr exactamente por la mitad del Paso de Forster porque, con vista despejada, los picos de Thule del Sur y de las pequeñas Islas Cook, frente a la proa, se ven a igual distancia que los de las Islas Bristol, que están detrás de nosotros. Gigantescos petreles parecen oscilar imperturbablemente entre los dos promontorios rocosos, y el barco que cruza por su ruta les interesa sólo de manera reducida. A diferencia de los skúas, que han encontrado su maestro de ceremonias en Green, quien vierte los desechos de cocina sobre la empavesada, los gigantes azulgrises pasan silbando en dirección nuestra al ras de la superficie del agua, planean a través de los aparejos y levantan el vuelo, como si nosotros, esos extraños pájaros que encogemos la cabeza, no existiéramos. En ocasiones el mar y el borde del hielo resplandecen con el más encendido arrebol, ahí, precisamente, donde se desplaza una colonia de cangrejos. Estas aglomeraciones de pequeños crustáceos individuales que se desplazan todos en la misma dirección, y que con frecuencia llegan a pesar en conjunto cientos de miles de toneladas, son las que atraen a los petreles gigantes. Podría asegurar, me dice Bob Clark con voz trémula, que así como las aves se alimentan desde arriba de los cangrejos, las ballenas se dan ese gusto desde abajo.

En muchos puntos la barrera se abre y forma grietas lo suficientemente anchas como para que entre el barco; algunas tan anchas, inclusive, como para poder darse vuelta en caso de no poder seguir adelante. Pero dado que la orilla lleva hacia el sur, Shackleton ha dado orden de no ingresar en el hielo. Él y Wild se turnan en el puesto de vigía, y montan guardia hasta que alrededor de medianoche cae la oscuridad durante una hora escasa, para ver si la corriente cambia de dirección. Pero aun en la penumbra de la noche, durante la cual cada dos horas me despierto con sobresalto y

aguzo el oído, escucho el sosegado y regular batir de las máquinas que impulsan el lento avance del ENDURANCE, tal como si fuera río arriba por el Severn hacia Newport, en el amanecer, antes del regreso a puerto de los balandros pesqueros.

A la mañana siguiente ha llegado el momento. Ahora la barrera continúa en grandes curvas hacia el noroeste. Para comprobar si más adelante no vuelve a cambiar su dirección, seguimos la orilla hasta el mediodía; pero, después, Worsley hace girar el barco y damos vuelta para buscar un lugar adecuado por donde entrar. El espacio que Frank Wild descubre desde el puesto de vigía, se abre en un ancho de tres veces el barco. Dado que, hasta donde alcanza la vista, no se percibe que se estreche, la grieta podría constituir un canal entre dos témpanos que, por lo demás, se mantienen incólumes. Una única y gigantesca plancha de hielo, un paisaje lunar blanco que se extiende por ene kilómetros, y que carga años, si no decenios, sobre sus espaldas, pero que en algún momento se fracturó a lo largo de esta línea que corre hacia el sur. En el mismo momento en que el Sir le ordena al capitán, y éste a su primer oficial Greenstreet, reducir la marcha, toda la tripulación, exceptuando a los fogoneros, se reúne sobre la cubierta de proa. Todos atisban por encima del palo de bauprés y siguen con la mirada la cuña azulnegra que se hunde en la blanca planicie, hasta que se pierde en el horizonte como un hilo del grosor de un cabello.

Sobre los hombros de Bakewell, sólo yo miro fuera de la popa hacia atrás, a mar abierto. Pero en el mismo instante en que me voy hacia allá su vista ha desaparecido, al igual que el zumbido de la ráfagas que barren el agua y el estrépito de las olas que se estrellan contra la barrera helada. Luego, alrededor, ya no hay más que hielo. Y a mí, clavado en la borda cubierta de escarcha, me da la impresión no de estar parado en la popa de un barco, sino en la popa del tiempo.

Yo había pensado que en el hielo reinaba el silencio. Pero eso no es verdad. Ahí donde los témpanos no se han comprimido y encimado unos sobre otros, tienen entre uno y dos metros de espesor. Si las corrientes marinas que pasan por debajo de ellos los hacen chocar, se oye primero el golpe seco de la colisión, al que luego sucede un largo chirrido, producto de la frotación de las placas de hielo. De cuánto ruido provoca todo esto, me percaté cuando unas horas después de haber ingresado al cinturón del banco de hielo arribamos a una dársena del tamaño de un lago mediano,

en la que efectivamente no se escucha ni un murmullo, sobre todo, porque hemos apagado las máquinas para que Stevenson y Holness puedan recuperarse de la soba frente a las calderas. A toda vela nos desplazamos zumbando hacia el sur; y, mientras los marineros de cubierta hacen todo un deporte de subirse alternadamente lo más adelante posible sobre el botolón de proa, para declarar con gritos a un brazo, una mano, un dedo como la parte del cuerpo más austral de la tierra, yo aprovecho ese día tranquilo en la laguna del banco de hielo, para releer en el “Viaje hacia el Polo Sur, realizado en los años 1821-1824”, de Weddells, lo que el capitán del JANE tiene que decir sobre los “apestosos”; así es como él denominó a los petreles gigantes, después de observar que, en pocas horas, “una sola parvada puede devorar hasta diez toneladas de grasa de elefantes marinos”.

Después de treinta años de cacería de focas en el océano austral, Weddell calcula que en el mercado londinense se han vendido unas 20,000 toneladas de grasa de elefantes marinos, y que cazadores norteamericanos y británicos han matado más de 1.2 millones de focas, para comercializar sus pieles. Cuando le presento estas cifras, los labios de Bob Clark se adelgazan hasta convertirse en una raya de desconsuelo, y los otros simplemente se niegan a que les eche a perder el humor.

De cualquier manera, la tranquilidad ha pasado. Una vez que al atardecer hemos cruzado el lago dentro del hielo, un ruido crepitante que crece y decrece, y que proviene de todos lados, anuncia un gran banco de hielo movedizo. Nos percatamos de cuán grande es en realidad, cuando durante dos días suena como si estuviéramos avanzando sobre grava, sin importar dónde se refugie uno a bordo, ya sea para leer o simplemente para taparse inadvertidamente las orejas.

En la semana de Navidad pasamos entre los grados 60 y 65 de latitud, a conveniente distancia de una flota de icebergs gigantes. Algunos miden varios kilómetros cuadrados, pero todos tienen una altura de más de cien metros y son completamente planos; así que ahora confirmo con mis propios ojos, por qué aun los navegantes y geólogos más experimentados de antaño creían haber descubierto tierra, la cual, a pesar de ser cuidadosamente registrada en los mapas, nadie volvía jamás a encontrar. Aparentemente inmóvil, un plancha de iceberg flota en el mar; la corriente se rompe en sus farallones blancos o azules, y las olas saltan salpicándolos, igual como hace el oleaje en los arrecifes. Hay icebergs a través de los cuales el océano ha

perforado túneles y, otros, en los que ha cavado profundas cuevas invisibles a simple vista; y, cada ola que rompe por dentro, resuena con estruendo en el azul nocturno de sus cámaras. En el agua se puede observar la sombra del iceberg, pero nunca se puede estar seguro de si ese campo oscuro, que se extiende hasta el barco, no es todavía su base oculta bajo el agua, en cuyo interior el hielo y sus cantos se desplazan silenciosamente por el mar. Forster denomina a estos icebergs de la Antártida como “barcos en ruinas de un mundo arrasado”. Cada vez que uno termina de pasar, respiramos con alivio y, tranquilizados, escuchamos durante un rato el seco golpear de las olas contra los carámbanos de hielo, que se mecen suavemente.

Los días transcurren en la búsqueda de aberturas y grietas a través de las cuales nos podamos colar, y el cada vez renovado y desilusionado reconocimiento de que aun el paso más ancho acaba frente una barrera, donde, o bien tenemos que dar vuelta y buscar por otro lado, o abrimos paso por el resto del camino con un incesante golpeteo del barco hacia delante y hacia atrás, que crispa los nervios. Desde aquel espléndido día en la laguna, las velas, que resultan inútiles para romper el hielo, no han vuelto a salir de sus compartimentos. Navegamos exclusivamente a vapor, lo que conduce a que cada hombre disponible, sea oficial, científico o marinero, esté incluido en la lista para palear el carbón. Y, así, las embestidas calculadas con exactitud cada metro, en que la proa se eleva por encima del hielo hasta que otra vez se desliza hacia atrás, y después es dirigida de nuevo contra el punto aplastado y roto, han consumido ya la mitad del depósito de carbón de McNeish; y eso, a pesar de que todavía no hemos salido del círculo polar austral.

Shackleton quería atracar a fines de diciembre en la Bahía de Vahsel. De hecho, la fiesta de Año Nuevo debía ser celebrada en un primer refugio ya terminado. Pero la primera mañana de Navidad todavía nos separan 500 kilómetros del ingreso al Mar de Weddell y, en la mitad de este mar que también tenemos que cruzar, nadie sabe tampoco qué cantidad de hielo nos espera. Con la sobriedad que le es propia y que no repara en ánimos festivos, a la luz de las velas del adornado Ritz –así le decimos al comedor –, Greenstreet nos hace el cálculo de que, con nuestro actual avance promedio de 50 kilómetros por día, previsiblemente estaremos arribando a Vahsel a fines de enero. Y todos sabemos que, a su manera seca, está tratando de darnos ánimo. Pero ello no altera que este cálculo, que nos atañe a todos, sea

incorrecto: a fines de enero, por más grande que sea el avance diario que tengamos hasta entonces, no llegaremos a ningún lado. A fines de enero la parte sur del Mar de Weddell está congelada.

Para que, a pesar de todos los motivos que hay para ello, no cunda el desánimo, Shackleton ha dividido la guardia sobre el banco de hielo en fracciones de una hora, con el fin de que todos puedan festejar y disfrutar su porción del banquete navideño. Vitoreamos a la pareja real, brindamos por los camaradas que están en la guerra y cantamos. Luego, sobre el mantel puesto al revés, circula la carta que elaboré junto con el doctor James A. McIlroy, especialista a bordo de los asuntos opíparos, y que, si lo pienso bien, es lo primero que salió de mi pluma después del malogrado himno a Ennid Hinken:

#### Menú de Navidad

a bordo del barco expedicionario de vapor/vela

de Su Majestad

ENDURANCE

#### Entrada

Skilligolee (hojuelas de avena) o

Cracker macerado

(galleta remojada, salada)

#### Plato principal

servido con zanahorias, perejil, remolachas y cebolla

milano de cola bifurcada al horno (cerdo) o

pingüino emperador al estilo Berlín (cerdo) o

reno pequeño (rata)

#### Postre

Clavo duro (galleta con carne adobada) o

Clavo suave (pan blanco y mantequilla - ¡sólo para oficiales!)

La verdadera comida de fiesta proviene de latas. Hay sopa de tortuga, pescado frito, conejo estofado, puñín navideño de ciruela, pastas rellenas y fruta glaseada. Interpretada desde el gramófono de Orde-Lee, Madame Butterfly tararea algunos acordes en el fondo, hasta que nadie se acuerda de que está ahí; y ante el zumbido de los flashes de las cámaras de Hurley, también cae sobre oídos sordos la bien intencionada propuesta de Crean, de que yo narre algo de Cook. Y eso que estoy seguro de que todos hubieran escuchado arrobados; James Cook en Tahití; sus hombres en el tálamo de amor con bellezas de la isla que, a cambio de su gozosa disposición de entrega, no piden nada más que clavos. Después de lo cual, el orgulloso ENDAVOUR ya casi amenaza en caerse en pedazos.

En la hora de la oscuridad, entre media noche y una de mañana, cubro mi guardia sobre el banco de hielo. Un buen rato me quedo sobre la cubierta y escucho sus sonidos. Cuando el melancólico banjo de Uzbird en el Ritz se da un respiro, y a Worsley y a Bakewell no se les ocurre justo en ese momento algún chascarrillo, puede uno escuchar los lamentos y quejidos de los tímpanos; y, a veces, se oye como si allá afuera, en la oscuridad infinita, realmente estuviera una caseta donde mi padre otra vez hubiera instalado un pequeño taller de carpintería, como el que tuvo alguna vez – nada más por el gusto de aserrar y lijar un poco al término de la jornada.

Clark sube y se para junto a mí. Ligeramente tomado como está, y con un acento escocés que desconozco en él, me habla sobre sus animales favoritos en el hielo: los pingüinos de penacho dorado. Volteamos a ver el cielo navideño, donde por encima de la cinta de estrellas de la Hidra brilla Canopo, y Clark me dice que espera alguna vez poder mostrarme una colonia de pingüinos de penacho dorado.

“Desde la primera vez que los vi”, me dice con un ligero balbuceo, “su colorido me pareció responder a las preguntas que desde siempre me han inquietado. Y no me refiero propiamente al oro de ese curioso penacho por el cual se les puede distinguir desde la distancia, y que parece como si cada uno de ellos se hubiera puesto un manojo de paja sobre la cabeza. Es más bien el blanco y negro de su plumaje, porque ahí están en realidad todos los colores que uno se pueda imaginar, y en cada uno de ellos uno los encuentra en otra... bueno, no sé si esto a tí te dice algo. Pero a mí es lo que me pasa”.

Creo que no entiendo lo que Clark me quiere decir, pero como no estoy muy seguro, le contesto: “Claro, creo que sé a qué te refieres”.

Y entonces Clark dice: “Sí. Por eso es que te lo conté. Puedo entender muy bien por qué le simpatizas tanto al capitán. Eres algo especial. Desde que te enseñaron que caballo en latín es equus, ya no te preguntas que más sabes de él”.

Una frase larga y difícil, pero logra pronunciarla.

“Gracias, Clark”.

“De cualquier modo, espero que en algún momento tengamos la oportunidad de ver juntos una colonia de estas. Ahora se me ocurre... los pingüinos de penacho dorado tienen otra peculiaridad. Te vas a reír, cuando los oigas graznar. Y es que suena como si me estuvieran llamando. ¡No es un chiste! De veras, gritan: ¡Clark, Clark! ¡Clark, Clark!”

La mañana de Año Nuevo me cumplo un deseo que, desde mi liberación de la alacena, había mantenido tan secreto como el pescado de Ennid: me monto a los obenques del palo mayor y escalo hasta el puesto de vigía.

Ahí arriba ya no se oye nada más que el viento que silba alrededor de las vergas y las cofas. Sin embargo, pese al sosiego que sobreviene y genera calor desde dentro al contemplar la magnificencia del cielo abierto, 30 metros más cerca que cualquier otro, hace un frío endemoniado. Para no convertirme en una acezante prolongación de la congelada verga del sobrejuanete del mástil mayor, me envuelvo en mi capa azul pálido, como el rey Arturo en su manto con los 27 dragones bordados en él. Contemplado así, desde arriba, el ENDURANCE semeja una enorme cuña que, a través de un laberinto de corrientes de agua, se desplaza por un estrecho canal. Aguas negras, azules y plateadas, son nuestros puntos claros; pequeñas superficies libres de hielo entre los témpanos que, a pesar de todo, aun nos permiten avanzar. Abajo, detrás del nuevo protector para la intemperie del puente, Skipper está de pie y envuelto hasta las orejas, con una mano puesta en el telégrafo mecánico que va hacia el cuarto de calderas y, la otra, en el semáforo que McNeish construyó con tablas de la destruida perrera de Jakes y Jones. La señal, mediante la cual el capitán transmite al timonel las constantemente necesarias correcciones de curso, sin por ello enronquecer a gritos, recuerda a la manecilla rota del reloj de una torre. Pero por momentos,

cuando veo a Worsley ahí parado, con la mano sobre la tabla de madera y la cabeza volteada hacia atrás, hasta que en los remos Greenstreet reacciona a su señal, pienso en mi hermano: Dafydd, parado frente al aeroplano del tuerto Edward Mannoock, esperando con excitación el momento de impulsar la hélice y saltar a un lado.

Hechizado por el panorama me adormezco, sueño con cosas pasadas y me imagino la suerte que nos espera. El Año Nuevo arranca bien. Logramos el trecho más largo de avance desde que ingresamos al banco de hielo: 200 kilómetros en un solo día.

Sin embargo continúa el viejo ir y venir. El 6 de enero estamos tan tercamente varados, que el Sir decide darles a los perros un cambio en su rutina entre la perrera y la revisión del médico, el alimento que les prepara Spratt y el baño de lisol. En sus grupos de trineo son conducidos al hielo, y ahí pueden desfogarse. Sólo cinco caen al agua, pero son salvados. Luego tenemos otra vez dos días de viaje vigoroso hasta pasar la latitud 69 donde, poco antes de la caída del sol, un resplandor de hielo, una franja blanca que se desliza en el horizonte, nos anuncia el siguiente obstáculo: en la mañana pasamos junto a un iceberg de una dimensión tan inabarcable, que Shackleton le da un nombre. Lo bautiza como “Mount Rampart”, monte-muralla. A pesar de que nos escurrimos de él a muchos metros de eslora, Wild descubre bajo el agua sus pendientes y calcula que, muy cerca de nosotros, alcanzan más de 300 metros de profundidad. Pero la muralla también nos reserva una sorpresa que, a todos los que vivimos el momento, nos hace estallar de júbilo. Detrás de ella el interminable rompecabezas blanco, el hielo y los canales, ha desaparecido. Ahí no hay más que agua, el agua del Mar de Weddell.

Transcurre todavía un tiempo, hasta que los muchachos han descolgado las congeladas velas de las vergas, pero cuando finalmente caen y son sujetadas, el viento entra en ellas. El viento de Wedell las hincha, arranca la costra de su piel y, bajo esta lluvia de cristales de hielo que cae sobre la cubierta, zarpamos hacia el sur como si nos hubieran quitado las amarras.

Días después, el 10 de enero, un domingo, aparece a la vista otro iceberg gigantesco, que parece un doble del Rampart, y que nos hace entrar en pánico ante la perspectiva de que detrás de él nos espere nuevamente el hielo. Pero después corre la voz de lo que Shackleton, Worsley y Wild opinan de esta montaña. La posición es

supervisada: 72° 10' S, 16° 57' O. Así que es seguro: lo que allá emerge del agua verde pálido, no es una montaña. Hemos arribado a Coats Land, que en 1904 fue descubierta por la expedición del SCOTIA. Lo que nosotros creímos un iceberg, es un acantilado de hielo, un pedazo de la helada orilla continental de la Tierra de la Reina Maud. Es la Antártida.

Weddell nunca la vio y, durante decenios, nadie le creyó qué tan al sur había llegado. El displicente Dumont d'Urville lo calificó como un ordinario cazador de focas; y, efectivamente, el hombre en cuyo libro puedo encontrar “Observaciones sobre el viaje en barco alrededor del Cabo Hoorn”, “Observaciones sobre la condición de los Polos”, así como “Observaciones para descubrir la longitud a través del cronómetro”; en el que puedo admirar sus cuidadosos mapas de lugares de fondeo, de puertos naturales, de cabos y de pasos hacia tierra, murió en la miseria como subinquilino de una tal Miss Rossanna Johnstone. Pero nosotros ahora navegamos por su mar. Durante días podemos observar a focas que juegan en el agua, que se apoltronan sobre los témpanos hacia barlovento y que ni siquiera intuyen que por este señor han sido bautizadas, para todos los tiempos, como las focas de Weddell.

El 15 de enero, declarado solemnemente como el día de Greenstreet, todavía nos separan de la Bahía de Vahsel unos 350 kilómetros. A la sombra del acantilado blanco, bajo la cual navegamos, las focas saltan y se sumergen, compiten nadando con nuestra bovedilla y hienden el agua con sus hocicos como una piara de cerdos; pero no nos siguen ni un metro más hacia el sur, sino que se desvían todas en dirección hacia el norte. La emigración de las focas de Weddell y de los come Cangrejos, es un signo claro de que empieza el invierno.

Pero mientras hay mar abierto, navegamos a vela. También el día siguiente es especial. El Sir no sólo tiene la oportunidad de bautizar un iceberg, sino de dar nombre a una franja de tierra recién descubierta. En honor de aquel de los donadores de su expedición que sacó más dinero de su bolsa, Shackleton denomina como Costa-Caird al glaciar que, desde tierra adentro, desciende hasta el acantilado que se eleva 600 metros sobre nuestro barco. Su cubierta de hielo se aprecia desierta e intimidatoria, y está cruzada por grietas irremontables. Por ninguna parte se puede ver un pedazo de roca. Muy diferente es la bahía a la que arribamos menos de seis horas

después. Su hielo cae plano hacia el agua y, cuando giramos y las máquinas nos acercan, queda claro por que en la cercanía del puente de pronto predomina la hética. La altura del borde del hielo ofrece una plena oportunidad de atracar y, sobre la plana superficie del glaciar que está por encima, podría erigirse una estación de base. Shackleton, Wild, Worsley y los santones del hielo se retiran al Ritz para deliberar. Hasta el gato es excluido del cónclave. En la puerta de vidrio, Worsley me lo pone en los brazos. Ni siquiera me está permitido servir café.

En vista de la distancia que el viaje transcontinental en trineo todavía debe superar, Shackleton decide desplazarse todavía un poco más hacia el sur. Si antes de la Bahía de Vahsel nos topemos otra vez con un banco de hielo, nos regresamos para acá. Worsley calcula la posición exacta: 76° 27' S, 28° 51' O. Ésta confirma que, en 24 horas, hemos remontado más de 200 kilómetros. Luego zarpamos a vela.

A la mañana siguiente, desde el noreste avanza una tormenta que, hacia mediodía, cobra fuerza de huracán. Ante su torbellino de nieve, y dado que en realidad no podemos avanzar, buscamos protección a sotavento de un iceberg varado. A lo largo de toda la noche, los fogoneros y marineros sobre el puente realizan trabajos forzados, para maniobrar el barco de un lado al otro; el resto de la tripulación palea la nieve de la cubierta y despega con un mazo la capa de hielo, sólo para que en cuestión de minutos se vuelva a cerrar sobre todo.

La tormenta de nieve dura dos días, mismos que el ENDURANCE permanece escondido detrás del iceberg, que se ha venido al suelo como si fuera la corva de un gigante que se ha fracturado la pierna. Cuando el huracán ha amainado y nos atrevemos a salir, la bahía, en todas direcciones y hasta donde abarca la vista, se ha llenado de carámbanos. Dado que ahora da igual el curso que tomemos, intentamos seguir hacia el sur, donde hay una franja de cielo oscuro; un cielo de agua que promete un ancho y abierto canal de tránsito. La tarde del 18 de enero ingresamos de nuevo al hielo. Y, en seis días, logramos gigantescos 18 kilómetros. El hielo está conformado de una manera totalmente diferente a todo lo que hasta ahora nos ha detenido. Los témpanos son espesos, suaves, parecen estar constituidos sólo de nieve, y se elevan y se hunden perezosamente en un puré de hielo, a través del cual el agua turbia e incolora apenas si logra emerger. Nosotros no podemos hacer otra cosa, más que contemplar como el mar se congela gradualmente y encierra nuestra barco.

Me doy cuenta de cuántos reproches se hace Shackleton por haber desaprovechado aquella costa en la que hubiéramos podido atracar, por la excitación que le genera el comunicado de Greenstreet el 24 de enero a la medianoche, de que a cincuenta metros de la proa se ha abierto una grieta en el hielo. Desplegamos todas las velas. Atizamos las máquinas. Durante tres horas, parados en la cubierta, nos alentamos a gritos; nos gritamos unos a otros, ante la vista de la costa de la Bahía de Vahsel, distante apenas 40 kilómetros de nosotros.

A través de aguas despejadas, en dos horas de viaje habríamos alcanzado nuestra meta. Pero no nos acercamos al pasaje ni el grosor de una tabla. Y, finalmente, vemos como vuelve a congelarse ante nuestros ojos.

For further information on international rights for this title please contact Kathrin Scheel at [kathrin.scheel@schoeffling.de](mailto:kathrin.scheel@schoeffling.de)

This excerpt is presented for informational purposes only – any use or copying for commercial purposes is strictly prohibited.